

**De la mano invisible a los mercados incrustados.
Una visión desde Adam Smith y Karl Polanyi**

Humberto Campodónico Sánchez

Sumilla

En este artículo abordamos los fundamentos originarios del liberalismo económico clásico de fines del siglo XVIII y principios del siglo XIX. Este análisis es indispensable para entender lo que hoy es el neoliberalismo. Los fundamentos analizados son el estado de naturaleza y la propensión al trueque, el naturalismo social y la existencia de un capitalismo autorregulado. La mayoría de estos provienen del economista escocés Adam Smith (1723-1790), desarrollados en su libro *La riqueza de las naciones*, ampliados luego por David Ricardo y John Stuart Mill, principalmente.

El análisis crítico de estos fundamentos tiene una frondosa literatura, destacando los planteamientos de Karl Marx en *El capital*. En el siglo XX, John Maynard Keynes, en su *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero* (1936), desarrolla una fuerte crítica al liberalismo clásico que propugna el capitalismo autorregulado: afirma que es necesaria la intervención del Estado para subsanar los desequilibrios entre oferta y demanda.

En este artículo, sin embargo, nuestro referente principal es el libro de Karl Polanyi, *La Gran Transformación* (1944). En este libro, Polanyi pone los cimientos de la crítica al liberalismo clásico con su tesis acerca de la utopía de los mercados autorregulados, a la vez que desincrustados de la sociedad, la que se constituye en el punto de partida de las críticas al neoliberalismo y siguen vigentes hasta hoy.

Es importante recordar que es también en 1944 que Friedrich Hayek publicó *Camino a la servidumbre*, libro que fue el punto de partida del neoliberalismo, que se constituyó en escuela económica dominante desde 1980 en adelante, primero en Inglaterra y EEUU, con Margaret Thatcher y Ronald Reagan. En 1990, con el Consenso de Washington, se instaló también en nuestra Región, y en el Perú con el gobierno de Alberto Fujimori. De ahí la importancia de este debate, en la teoría y la práctica, que comenzamos con esta primera entrega en las páginas de *Perú Hoy*.

In memoriam, Julio Gamero

*En retrospectiva, se puede decir que ninguna
lectura errónea del pasado ha sido jamás tan profética
del futuro*

Karl Polanyi

Adam Smith, el *homo economicus* y la mano invisible

En *La riqueza de las naciones* (en adelante LRN)¹, Smith parte de la consideración de que la racionalidad de la persona humana lo lleva a la búsqueda de la maximización de los beneficios económicos (lo que después otros denominaron *homo economicus*). Dice Smith que esto se da porque los seres humanos tienen una propensión natural al intercambio y al trueque desde los albores de la historia de la humanidad, cuya evolución pasa por cuatro estadios (etapas), que clasifica como caza, pastoreo, agricultura y comercio.

Dice Smith que durante las tres primeras etapas la producción de bienes se llevaba a cabo, en gran medida, de manera individual, por cada una de las personas. En los estadios más avanzados la producción artesanal cobra mayor importancia, pero todavía la producción de bienes de la sociedad en su conjunto tenía como fundamento central, siempre según Smith, el carácter individual de la misma.

Cuando ya están desarrolladas las relaciones mercantiles –estadio del comercio a partir del siglo XVI– esa propensión al trueque lleva a que se establezca la división del trabajo, con lo

¹ Smith, Adam. *La riqueza de las naciones*. Madrid: Alianza Editorial, 1966.

cual aumenta exponencialmente la capacidad y la cantidad de bienes que se pueden producir. En el siglo XVII y, sobre todo, en el siglo XVIII, la Revolución Industrial lleva más lejos este proceso. Es aquí cuando la división del trabajo se extiende a la mayor parte de las actividades productivas, dando como resultado una multitud de fábricas con miles de trabajadores (hombres) produciendo una gran cantidad de mercancías².

Joseph Schumpeter nos dice que esta extensión de la división del trabajo lleva a que la producción de mercancías pierda su carácter personal:

La división del trabajo se atribuye a una propensión innata al trueque, así como al desarrollo de esa propensión hasta la paulatina expansión de mercados: la amplitud del mercado en un determinado momento determina hasta dónde puede llegar la división del trabajo. De este modo la tendencia en cuestión aparece y se desarrolla como una fuerza completamente impersonal, y puesto que ella es el gran motor del progreso, el progreso mismo queda también despersonalizado³.

La división del trabajo

Es en este momento que Smith elabora su tesis central: es a través del trabajo de los seres humanos que están buscando su bienestar particular que se logra el bienestar general de toda la sociedad. Por tanto, los hombres alcanzan este bienestar general, incluso sin proponérselo, como si los guiara una «mano invisible». En esta actividad se combinan el egoísmo y la simpatía (altruismo). Son estas

² El ejemplo más conocido de Smith trata de la fábrica de producción de alfileres: si una sola persona fabrica los alfileres, podrá hacer solo un alfiler al día. Pero si un conjunto de individuos realiza cada uno una parte de las tareas necesarias para construir un alfiler, entonces se podrán hacer 1000 alfileres al día.

³ Schumpeter, Joseph. *Historia del análisis económico*. Barcelona: Ediciones Ariel, 1971, p. 230.

dos inclinaciones humanas –antes consideradas incompatibles– las que permiten alcanzar el bienestar general⁴.

Dice Smith:

No es la benevolencia del carnicero, el cervecero o el panadero lo que nos procura nuestra cena, sino el cuidado que ellos ponen en su propio beneficio. No nos dirigimos a su humanidad sino a su propio interés, y jamás les hablamos de nuestras necesidades sino de sus ventajas⁵.

Al mismo tiempo, Smith plantea que existe un orden natural (más adelante se va a llamar «orden espontáneo») aplicable a la economía que proviene de una «voluntad superior». En ese orden natural Dios es omnipresente:

La administración del gran sistema del universo, el cuidado de la felicidad universal de todos los seres racionales y sensibles, es la labor de Dios, no del hombre. Al ser humano le corresponde un distrito mucho más humilde, pero mucho más adecuado a la debilidad de sus poderes y la estrechez de su comprensión: el cuidado de su propia felicidad, sus amigos, su país⁶.

El corolario de este planteamiento es que la actividad económica adquiere autonomía y se constituye en el verdadero fundamento

⁴ Esta tesis ha sido ampliamente estudiada y debatida. El economista italiano Claudio Napoleoni dice que este bienestar general solo es posible siempre y cuando no haya comportamientos prevaricadores, lo que es difícil de conseguir: «para que esta positividad del egoísmo resulte operante, es necesaria al menos una condición, y esta es que nadie, persiguiendo su propio interés, impida a los demás la persecución del suyo, es decir, es necesario que no haya prevaricaciones, sean éstas debidas a posiciones naturales de fuerza o lo sean a privilegios institucionales. En este sentido, *La riqueza de las naciones* representa la tentativa sistemática de explicar de qué modo, satisfecha la antedicha condición, el libre desarrollo de las fuerzas individuales en el terreno económico da lugar a la constitución y el desarrollo de la sociedad económica». Napoleoni, Claudio. *Fisiocracia, Smith, Ricardo, Marx*. Barcelona: Oikos-tau ediciones, 1974, p. 36.

⁵ Smith, Adam. *La riqueza de las naciones*. Madrid: Alianza Editorial, 1966, p. 46.

⁶ Smith, Adam. *Teoría de los sentimientos morales*. Madrid: Alianza Editorial, 2011, p.412.

de la existencia y constitución de la sociedad civil y, por lo tanto, se convierte en el principio de la propia existencia del Estado. Es por eso que al Estado le corresponde garantizar las condiciones necesarias para el desarrollo de las relaciones contractuales que rigen la propiedad y el trabajo, así como el ordenado ejercicio de la producción, el comercio y el consumo.

Sin embargo, Smith no plantea la abstención de la intervención del Estado. Como señala Giovanni Arrighi, esa creencia es uno de los mitos creados alrededor de su pensamiento, a tal punto que aparece hoy como el principal impulsor del Estado mínimo:

Lejos de teorizar un mercado autorregulado que funcionaría mejor con un Estado mínimo o sin ningún Estado, Smith presupone la existencia de un Estado fuerte capaz de crear y reproducir las condiciones para la existencia del mercado, que lo utilizará como instrumento eficaz de gobierno, que regulará su funcionamiento y que intervendría activamente para corregir o contrarrestar sus consecuencias social o políticamente indeseables⁷.

Reglas de la naturaleza y teología

Es importante subrayar dos temas. El primero es que, si bien Smith dice que hay una deidad superior («que vela por el cuidado de la felicidad de los hombres»), es también muy claro en señalar que hay reglas para la naturaleza y reglas para la actividad humana. No las confunde. Al contrario, las separa de manera explícita:

Las reglas que sigue la naturaleza son apropiadas para ella y las que sigue el hombre lo son para él, pero ambas están calculadas para promover el mismo gran fin, el orden del mundo y la perfección y felicidad de la naturaleza humana⁸.

⁷ Arrighi, Giovanni. *Adam Smith in Beijing, Lineages of the Twenty-First Century*. New York: Verso, 2009.

⁸ Smith, Adam. *Teoría de los sentimientos morales*. Madrid: Alianza Editorial, 2011, p. 298.

Smith, entonces, no es un naturalista social, tema que trataremos más adelante.

El segundo tema es que los elementos religiosos están presentes en toda la obra de Smith, como lo han reseñado ampliamente autores como Amartya Sen y Arthur Oslington, entre muchos otros. Afirman que no es posible entender su obra sin tener en cuenta esta consideración. Quizá uno de los que mejor lo expresa es el economista Jacob Viner, miembro fundador de la Escuela de Chicago:

Los profesores modernos de economía y ética operan en disciplinas que han sido secularizadas hasta tal punto que los elementos religiosos y las implicaciones que fueron una parte integral de ellos, han sido minuciosamente eliminados (...) (los eruditos) o se ponen anteojeras mentales que ocultan de su vista estas aberraciones del pensamiento de Smith, o las tratan como algo puramente tradicional, como ornamentos de moda de la época frente a lo que, para ellos, es esencialmente un análisis naturalista y racional. (...). Estoy obligado a insistir en que el sistema de pensamiento de Adam Smith, incluida su economía, no es inteligible si uno ignora el papel que él le asigna a los elementos teleológicos⁹.

La crítica de Polanyi al orden natural

Karl Polanyi, que escribe *La gran transformación* (en adelante LGT), 160 años después¹⁰ de LRN, no está de acuerdo con Smith sobre el «orden natural» que plantea la propensión humana al trueque, así como la «mano invisible» del mercado. Para refutarlas analiza las investigaciones históricas y antropológicas de su época y afirma que el más sobresaliente descubrimiento de estas consiste en

⁹ Viner, Jacob. *The role of Providence in the social order, An essay in Intellectual History*. Nueva Jersey: Princeton University Press, 2015, pp. 81-82.

¹⁰ Polanyi, Karl. *La gran transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2017.

que la economía de los seres humanos, como regla, está sumergida en sus relaciones sociales:

(...) el hombre no actúa solo para salvaguardar sus intereses individuales en la posesión de bienes materiales, sino que actúa para salvaguardar su posición social, sus aspiraciones sociales, sus activos sociales. Y valora los bienes materiales en tanto ellos sirvan a esos fines¹¹.

Asimismo, esas investigaciones inciden en que lo más importante para los primeros estadios de la sociedad son tres principios: la reciprocidad y la redistribución, así como la economía doméstica. Estos tres principios sobrevivieron hasta la época feudal.

Todo ello cambia cuando las relaciones mercantiles alcanzan un rol preponderante, es decir, cuando el amplio desarrollo de los mercados se convierte en el eje de la convivencia social. Es en ese periodo histórico bien delimitado que los primeros economistas dan el paso hacia el «orden natural» que explicaría la evolución de la humanidad a través de toda su existencia.

¿Por qué se inclinaron los economistas hacia el «orden natural»? Dice Polanyi que lo más probable es que fuera por una cuestión de conveniencia, ya que la existencia de un «orden natural» desde tiempos inmemoriales se acomodaba mejor a sus planteamientos:

(...) como el axioma de Smith era más relevante para el futuro inmediato que para un pasado borroso, ello indujo a sus seguidores a adoptar una extraña actitud hacia la historia temprana del hombre (...). Los historiadores de la economía tendieron a limitar sus intereses al periodo relativamente reciente de la historia en el que el pago en especie y el intercambio se encontraban a una escala considerable y el estudio de la economía primitiva fue relegado a la prehistoria¹².

¹¹ Polanyi, Karl. *La gran transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2017, p. 107.

¹² No existe, entonces, la propensión natural al cambio y al trueque que sostiene Smith: «Inconscientemente esto condujo a la ponderación de la balanza en favor de

Así, la conclusión de Polanyi es clarísima:

Nada menos que un pensador como Adam Smith sugirió que la división del trabajo en la sociedad dependía de la existencia de los mercados, o, como lo expresó, de la ‘propensión del hombre al trueque, al trato y al intercambio de una cosa con otra’. Con posterioridad, esta afirmación sustentó el concepto del hombre económico. En retrospectiva, se puede decir que ninguna lectura errónea del pasado ha sido jamás tan profética del futuro¹³.

La crítica de Marx a los planteamientos de Smith y Ricardo

«Examinemos en primer lugar la producción material. Está claro que, al inicio, hubo individuos que producían en sociedad y, en consecuencia, había una producción socialmente determinada. Sin embargo, el cazador y el pescador, aislados y dispersos, de donde parten Smith y Ricardo, provienen simplemente de la imaginación. Igualmente, aunque no les guste a los historiadores de la civilización, las ‘robinsonadas’ tan halagadas en el siglo XVIII no expresan, de ninguna manera, una reacción contra el refinamiento excesivo o un retorno al estado natural, mal interpretado en ese entonces. Incluso el *Contrato Social* de Rousseau que, mediante un pacto, establece relaciones y obligaciones entre individuos naturalmente independientes, no descansa en un naturalismo tal que –en las pequeñas y grandes ‘robinsonadas’– no es más que una apariencia puramente estética.

En realidad, se trata más bien de una anticipación de la ‘sociedad civil’ que se preparaba desde el siglo XVI y que en el siglo XVIII marchaba a pasos de gigante hacia su madurez. En esta sociedad donde reina la libre competencia cada individuo aparece como desprendido de los lazos naturales y otros que, en las épocas históricas precedentes, lo mantenían en el seno de un conglomerado humano determinado y circunscrito.

una psicología de mercado, pues dentro del periodo relativamente corto de los últimos siglos podía considerarse que todo tendía al establecimiento de lo que finalmente fue instaurado, es decir, la fundación de un sistema de mercado, con independencia de otras tendencias que estaban temporalmente sumergidas». Polanyi, Karl. *La gran transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2017, p. 105.

¹³ Polanyi, Karl. *La gran transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2017, p. 104.

Este individuo del siglo XVIII es el producto, de un lado, de la disolución de las formas de sociedad feudales y, del otro, de las nuevas fuerzas productivas desarrolladas a partir del siglo XVI. A los profetas del siglo XVIII, sobre cuyas ideas se apoyan totalmente Smith y Ricardo, se les aparece como un ideal que habría existido en el pasado. Este individuo no es para ellos un resultado de la historia, sino su punto de partida. El individuo no es una creación de la historia sino un hecho natural, conforme a la idea que ellos se hicieron de la naturaleza humana»*.

* Marx, Karl. *Karl Marx. Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858*. Barcelona: Editions Anthropos, 1968.

Todo lo dicho hasta ahora acerca de lo planteado por Smith no pone en cuestión la gran trascendencia de sus planteamientos, más allá de sus limitaciones. Su obra, 240 años después, sigue siendo el primer estudio que aprehendió en su totalidad la esencia del sistema capitalista:

Lo que realmente interesa de este gran pensador es el hecho de haber orientado en un único cuerpo orgánico, casi todos los problemas que debían ser objeto de la reflexión científica sucesiva y, sobre todo, de haber acercado de manera impresionante la plena comprensión de la propia naturaleza de la nueva economía nacida con el advenimiento de la burguesía, es decir, de la clase que por primera vez se encuentra, en la obra de Smith, plenamente representada como aquella que, ‘ciudadana del mundo’, unifica las diversas naciones en la persecución sistemática de la ampliación del proceso productivo. En este sentido, la tradición, cuando designa a Smith como el padre de la economía, recoge una indudable verdad: de Smith parten todas las líneas de la búsqueda sucesiva; los economistas posteriores deberán medirse con las cuestiones propuestas por él¹⁴.

¹⁴ Napoleoni, Claudio. *Fisiocracia, Smith, Ricardo, Marx*. Barcelona: Oikos-tau ediciones, 1974, p. 66.

El naturalismo social y el mercado autorregulado de Smith

El planteamiento de la «mano invisible» de Adam Smith no solo implica que las actividades del *homo economicus*, buscando su satisfacción individual, llevan al bienestar general de toda la sociedad. La «mano invisible» también nos dice que el libre mercado es un sistema que se autorregula y, a la vez, encuentra su propio equilibrio.

Robert Heilbroner, economista norteamericano, lo explica claramente:

En una palabra, Smith ha encontrado en el mecanismo del mercado un sistema autorregulado para el aprovisionamiento ordenado de la sociedad. Anoten la palabra 'autorregulado'. La bella consecuencia del mercado es que es su propio guardián. Si la producción o los precios de cierto tipo de remuneraciones se alejan de sus ordenados niveles sociales, se ponen en marcha fuerzas que los regresan a su origen. Es una curiosa paradoja que asegura que el mercado, que es el pináculo de la libertad económica individual, es al mismo tiempo el capataz más estricto de todos¹⁵.

Nada de lo dicho hasta ahora implica que este mercado autorregulado tuviera sus propias leyes, o sea, que no estuviera sujeto a las leyes del Estado. Polanyi dice que, para Smith, solo dentro de un marco político dado era posible formular la cuestión de la riqueza, término cuyo significado era el bienestar material de la mayoría de la población:

No hay una insinuación en su trabajo acerca de que los intereses económicos de los capitalistas impusieran su ley a la sociedad, ni de que ellos fueran los voceros seculares de la divina providencia que gobernaba el mundo económico como una entidad separada. Con Smith, la esfera económica aún no está bajo el dominio de

¹⁵ Heilbroner, Robert. *The Worldly Philosophers. The Lives, Times, and Ideas of the Great Economic Thinkers*. New York: Touchstone, 1999, p. 57

sus propias leyes, esas que nos aportan un modelo de lo bueno y lo malo¹⁶.

Por tanto: la economía política debía ser una ciencia humana; debía tratar con lo que le es natural al hombre, no con la naturaleza.

El cambio de paradigma surgió después. Nos dice Polanyi que este giro se originó a partir de la disertación de Joseph Townsend en 1786 acerca de las cabras y los perros en la isla de Juan Fernández en el océano Pacífico¹⁷. Allí Townsend afirma que solo sobrevivieron los más aptos de cada especie, tesis que desempeñó un papel central en el desarrollo del pensamiento económico.

Dice Polanyi que, con este enfoque:

(...) la naturaleza biológica del hombre se presentaba como el fundamento dado de una sociedad que no era de un orden político. Eso motivó a que pronto los economistas contemporáneos renunciaran a los fundamentos humanistas de Adam Smith y adoptaran los de Townsend. La ley de la población de Malthus y la ley del rendimiento decreciente de la ganancia que esgrimió Ricardo hicieron de la fertilidad del hombre y del suelo los elementos integrantes del nuevo campo cuya existencia había sido puesta al descubierto. La sociedad económica había emergido como algo diferenciado del Estado político¹⁸.

¹⁶ Polanyi, Karl. *La gran transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2017, p. 172.

¹⁷ Townsend cuenta que en la isla Juan Fernández los españoles desembarcaron cabras para tener alimentos cuando pasaran por allí. Pero los corsarios ingleses también las utilizaban, motivo por el cual los españoles desembarcaron perros para reducir el número de cabras. La lucha entre cabras y perros, dice Polanyi, «estableció un nuevo tipo de balance. La más débil de ambas especies estuvo entre las primeras en pagar la deuda de la naturaleza. La más enérgica y vigorosa salvó su vida. Es la cantidad de alimento la que regula el número de la especie humana». Polanyi citando a Joseph Townsend (Townsend, Joseph. *An Essay on the Poor Laws*. Berkeley: University of California Press, 1971) en: Polanyi, Karl. *La gran transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2017, p. 174.

¹⁸ Polanyi, Karl. *La gran transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2017, p. 176.

Hay acá una cuestión central: se rompe con el paradigma de Smith y se introduce un nuevo concepto legal en los asuntos humanos. Ahora rigen las leyes de la naturaleza. He aquí un nuevo punto de inicio para la politología: aproximarse a la comunidad humana desde la perspectiva del mundo animal. El origen del Estado como elemento fundamental de la convivencia humana que tiene sus propias leyes quedaba así deslegitimado.

Polanyi dice que este es el origen del naturalismo social que concibe a la sociedad como gobernada por las mismas leyes que operan en la naturaleza. Este concepto se vuelve necesario para que la idea de un mercado autorregulado sea incluso plausible:

Se desplazó la racionalidad y la moralidad (de Smith) como la esencia de la humanidad, y se impuso instintos biológicos en su lugar, haciendo que las motivaciones humanas no fueran diferentes de las del resto del reino animal: estamos incentivados para trabajar (y ganar salarios) solo por nuestro principal impulso biológico para comer; y también estamos contentos de descansar una vez que se satisface el impulso del hambre¹⁹.

Es a partir de este naturalismo social que cobra vida el axioma de la «ley de hierro de los salarios» de la economía clásica: si a los trabajadores se les paga más que el salario de subsistencia, se reproducirán demasiado rápido y no habrá la cantidad de alimentos disponibles para toda la población. Por tanto, en el largo plazo, los salarios reales tenderán a ser el mínimo necesario que permita sostener la vida del obrero. La ley de hierro tiene para ellos, como vemos, un origen natural. La ley de hierro fue abandonada a mediados del siglo XIX, pero los economistas continuaron con la suposición del naturalismo social de que el trabajo es una mercancía como cualquier otra.

¹⁹ Farrell, Henry. «The free market is an impossible utopia». *washingtonpost.com*, Washington D.C., 18 de julio del 2014. En: wapo.st/2Ex6l49

La tesis del incrustamiento: la economía está dentro de la sociedad

Polanyi ataca la tesis básica de que la economía funciona como un sistema equilibrado de mercados interconectados que ajustan automáticamente la oferta y la demanda a través del mecanismo de precios. Su intención es demostrar que este concepto difiere radicalmente de la realidad de las sociedades humanas a lo largo de la historia. Por eso insiste en que, con anterioridad al siglo XIX, la economía siempre estuvo incrustada (en inglés, *embedded*) en la sociedad²⁰.

Polanyi argumentó que debido a que los individuos siempre fueron principalmente seres sociales, más que económicos, el incrustamiento de la economía dentro de la sociedad es una condición necesaria y básica. La economía no puede funcionar de manera autónoma, por fuera de la sociedad.

Sin embargo, este es el enfoque que ahora predomina. Polanyi anota que, en los siglos XVIII y XIX, la expansión del capitalismo ha ido de la mano con la voluntad de crear una esfera económica independiente, la misma que funciona solo para maximizar las ganancias y, a la vez, está separada de las instituciones sociales y del propio Estado. En una palabra: **la economía estaría desincrustada de la sociedad**. Dicho de otra manera: es la sociedad la que se incrusta –de manera subordinada– en la esfera económica.

Polanyi argumentó que estos esfuerzos del liberalismo clásico de incrustar a la sociedad civil y sus instituciones dentro del mercado, en vez de que este ocupe su lugar de siempre dentro de la sociedad, estaban destinados al fracaso:

En sentido último, esa es la razón de que el control del sistema económico por el mercado resulte abrumadoramente decisivo para la organización de la totalidad de la sociedad: significa nada menos que el funcionamiento de la sociedad es algo que se

²⁰ Fred Block en su introducción a *La gran transformación* (2017), p. 42.

añade al mercado. En lugar de que la economía esté incrustada en las relaciones sociales, son las relaciones sociales las que están incrustadas en el sistema económico²¹.

Esto significa que los mercados pueden autorregularse, estar siempre en equilibrio y que el gobierno debe quedarse como un Estado mínimo.

Las cuatro instituciones claves del liberalismo económico del siglo XIX

Polanyi afirma que la civilización del siglo XIX descansaba en cuatro instituciones. La primera, el sistema de balance de poder que durante un siglo previno la ocurrencia de una larga y devastadora guerra entre las grandes potencias. La segunda, el patrón oro internacional que simbolizaba una organización única de la economía mundial. La tercera, el mercado autorregulado, el cual producía un bienestar material insospechado. Y la cuarta, el Estado liberal. Clasificadas desde un punto de vista, dos eran económicas y las otras dos políticas. Pero clasificadas desde otro punto de vista, dos eran nacionales y dos internacionales. Y, además, entre todas ellas determinaban las características distintivas de la historia de nuestra civilización.

De esas instituciones, probó ser crucial la del patrón oro que regulaba la cantidad de moneda que podía tener cada país, lo que implicaba un mecanismo de un ajuste automático de las balanzas de pagos de los países, en el caso de que hubiera superávits o déficits. Si un país tenía déficit, se reducía la cantidad de oro y, por

²¹ Polanyi, Karl. *La gran transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2017, p. 118. Más adelante, Polanyi dice: «Nunca antes de nuestro tiempo fueron los mercados otra cosa que accesorios de la vida económica. Como regla, el sistema económico estaba subsumido en el sistema social, y cualquiera que fuera el principio de comportamiento que predominara en la economía, la presencia del patrón de mercado debía ser compatible con el sistema social», p. 139.

ende, la cantidad de moneda, lo que desemboca en cambios en los precios relativos que lo llevan a una compresión de la demanda. Y viceversa, si un país tenía superávit.

Sin embargo, el patrón oro, con toda su importancia, solo fue un intento por extender el sistema nacional al internacional. Por eso, dice Polanyi, que la fuente y la matriz del sistema la constituyó el mercado autorregulado, pues fue la innovación que hizo surgir esta civilización. Incluso el propio Estado liberal fue una creación del mercado autorregulado²².

Polanyi afirma que los mercados son instituciones sociales construidas desde la sociedad donde el Estado ha jugado un rol central. Sin embargo, la óptica del liberalismo clásico lleva a la naturalización de los mercados al afirmar que no han sido construidos por un conjunto de reglas e instituciones y regulaciones. Por el contrario, es la «mano invisible», la mano divina del mercado, la que ha permitido la formación del Estado, siempre dentro de la óptica del desincrustamiento entre, de un lado, la economía y, de otro, la sociedad y el propio Estado.

Así, la crítica de Polanyi al mercado autorregulado desemboca en una conclusión de la más alta importancia: desde el inicio de la creación de una economía de mercado, es el gobierno, el Estado, quien ha jugado un rol central en la administración de estas mercancías ficticias. Por tanto, es la actividad de los Estados lo que hace que se constituya una economía de mercado. Es el Estado quien gobierna sobre las mercancías ficticias (ver el siguiente acápite) que constituyen la base del mercado autorregulado. Sin ese rol del Estado no habría mercados. Entonces, es una utopía plantear que, sin el Estado, puede existir un sistema de mercado autorregulado. Es una imposibilidad²³.

²² Polanyi, Karl. *La gran transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2017, p. 65.

²³ «Sus escritos (de Polanyi) incluyen una tesis seminal sobre el rol intervencionista e indispensable del Estado liberal en la creación del marco de la sociedad de mercado.

La utopía capitalista: mercados autorregulados con mercancías ficticias

Polanyi dice que eso constituye una utopía, término que en ese tiempo estaba reservado a los socialistas y comunistas debido a su visión igualitaria del mundo. Afirma que es utópica la propuesta de un mercado autorregulado porque es imposible de ser implementada. Por lo tanto, básicamente, es una fantasía²⁴.

¿Por qué? Porque para que un mercado pueda funcionar como sistema autorregulado todos los insumos deben ser producidos para ser vendidos en el mercado como cualquier mercancía, es decir, que se puedan regular por oferta y demanda a través del mecanismo de precios. Pero hay tres insumos a los cuales se considera como mercancías pero que en realidad no lo son: la tierra (que incluye los recursos naturales), el trabajo y el capital²⁵.

Prosigue diciendo que solo si estos tres insumos pueden ser organizados por el mercado se cumple la condición de existencia de un mercado autorregulado. Pero estos tres insumos son mercancías ficticias pues «no se producen para ser vendidas en el mercado» como cualquier mercancía. La tierra es parte de la naturaleza, el trabajo es la actividad de los seres humanos y la oferta de dinero y crédito no se produce espontáneamente en el mercado, está regulada y creada por los bancos centrales²⁶.

Su esencia es la noción de que el sistema de libre mercado no surgió ‘naturalmente’ sino que requirió ‘un enorme intervencionismo continuo, controlado y centralmente organizado’». En: Markantonatou, Maria y Dale, Gareth. *Karl Polanyi's state theory*. Newcastle: Agenda Publishing, 2019.

²⁴ Graña, Alberto. *Metamorfosis de la Economía*. Lima: Fundación Friedrich Ebert, 1997, p. 68.

²⁵ Polanyi desarrolla ampliamente el tema en el capítulo VI: El mercado autorregulado y las mercancías ficticias: el trabajo, la tierra y el dinero. Polanyi, Karl. *La gran transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2017.

²⁶ En estos tres casos el Estado siempre ha tenido una función reguladora. En el caso de la tierra hay políticas agrícolas. En el mercado de trabajo el Estado controla la inmigración y emigración, los sistemas escolares para tener trabajadores educados,

Naturalismo social y mercados ficticios

Para desafiar el naturalismo social, Polanyi argumenta que el trabajo, la tierra y el dinero, tres de los insumos más importantes en el proceso de producción, son mercancías ficticias. Los productos reales son cosas que se producen para la venta en el mercado. Pero el trabajo es el esfuerzo de trabajo de los seres humanos, la tierra es la naturaleza que se ha dividido en parcelas y la oferta de dinero y crédito ha sido determinada durante décadas por los bancos centrales. Sin embargo, para mantener la visión social naturalista de la economía como un organismo autorregulado, los economistas han tenido que ignorar la realidad y pretender que las mercancías ficticias son mercancías reales*.

* Block, Fred. «Learning from Karl Polanyi». *ineteconomics.org*, New York, 9 de abril del 2015. En: bit.ly/2EHlv0

Por tanto, todos aquellos que creen en los mercados libres tienen que pretender que estas mercancías ficticias se comportan en realidad como mercancías verdaderas. Pero no pueden porque no fueron producidas para venderse en el mercado. Y la realidad histórica es que, a través de la historia de los mercados, el gobierno ha jugado un rol fundamental en el diseño y en la demanda y la oferta de estas mercancías ficticias.

Polanyi también advierte lo que sucedería si el mercado autorregulado tuviera el poder sobre estas mercancías ficticias, lo que tiene una trascendencia especial en el mundo de hoy:

Si se permitiera que el mecanismo de mercado fuera la única fuerza directriz del destino de los seres humanos, de su ambiente natural e, incluso, de la cantidad y uso del poder de compra, la sociedad sería aniquilada. La naturaleza sería reducida a sus elementos, los vecindarios y las campiñas degradados, los ríos contaminados, la seguridad militar puesta en peligro, la capacidad de producir alimentos y materia prima destruida²⁷.

seguro de desempleo, pensiones, entre otros. Y en el caso del dinero, por más de 100 años hemos tenido bancos centrales que han tratado de evitar el exceso de dinero para evitar la inflación o una falta de dinero que lleva a una deflación.

²⁷ Polanyi, Karl. *La gran transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2017, p. 134.

El panorama económico y político de 1914 a 1945

Antes de analizar la definición de Polanyi acerca de la gran transformación y su tesis sobre el «doble movimiento» provocado por el avance desbocado de los «mercados autorregulados» en la sociedad, es importante detenernos brevemente en el panorama económico y político de la época.

Polanyi, en 1944, escribe después de haber observado la edad de oro del liberalismo económico en Europa y EE.UU., con un gran crecimiento de la economía y, más aún, del comercio internacional, a tal punto de que la globalización de fines del siglo XIX y principios del siglo XX se considera más importante aún que la actual. En el plano de las relaciones entre Estados, desde 1815 no se había registrado una guerra importante, es decir, una guerra en la que hubieran participado todas las grandes potencias, o la mayor parte de ellas.

Hasta 1914, parecía que el liberalismo económico daba resultados y no se había producido el «doble movimiento» que define Polanyi. Pero todo cambia cuando comienza la Primera Guerra Mundial, seguida por la revolución bolchevique en Rusia, el abandono del patrón oro, la gran crisis alemana de principios de los años 20 provocada por el Tratado de Paz de Versalles de 1919, el ascenso del fascismo en Italia, el gran *crack* de la Bolsa de Valores de Nueva York en 1929, el ascenso del nazismo en Alemania, la Gran Depresión de los años 30 y las políticas del New Deal en EE.UU. y, finalmente, el comienzo de la Segunda Guerra Mundial en 1939.

Dice Eric Hobsbawm:

La Gran Depresión confirmó tanto a los intelectuales, como a los activistas y ciudadanos comunes de que algo funcionaba muy mal en el mundo en que vivían. ¿Quién sabía lo que podía hacerse al respecto? Muy pocos de los que ocupaban el poder en sus países y en ningún caso los que intentaban marcar el rumbo mediante instrumentos tradicionales de navegación como el liberalismo o la fe tradicional, y mediante las cartas de navegar del siglo XIX,

que no servían ya. ¿Hasta qué punto merecían la confianza los economistas, por brillantes que fueran, que demostraban, con gran lucidez, que la crisis que incluso a ellos les afectaba no podía producirse en una sociedad de libre mercado correctamente organizada, pues (según una ley económica conocida por el nombre de un francés de comienzos del siglo XIX) cualquier fenómeno de sobreproducción se corregiría por sí solo en poco tiempo?²⁸.

Todos estos acontecimientos tuvieron como resultado una profunda crítica a la sociedad existente, a sus principios y valores y, también, a sus postulados económicos. Los planteamientos de la primacía del mercado y las leyes de la oferta y la demanda (sintetizados en esta definición: *laissez aller*, *laissez passer* [dejar hacer, dejar pasar]), así como el Estado mínimo, subordinado a las leyes económicas, entraron en tensión.

La gran transformación y el doble movimiento

La tesis central de Polanyi, que da el nombre a su libro, es la gran transformación de la civilización europea desde el mundo preindustrial hasta la era de la industrialización, así como los cambios en las ideas, las ideologías y las políticas sociales y económicas que la acompañaron²⁹. El planteamiento utópico de convertir al mercado autorregulado en la institución básica de la sociedad, aunque desincrustada de ella, tuvo como consecuencia la fragilización de las relaciones sociales.

Dice Polanyi que estas tensiones sociales producen un «doble movimiento». El primero es la actuación desbocada de las fuerzas del mercado autorregulado para ampliar su esfera de influencia en la sociedad y construir un «mundo ideal», lo que tuvo enormes

²⁸ Hobsbawm, Eric. *Historia del Siglo XX*. Barcelona: Crítica, 1997, p. 109. La ley del nombre de un francés que menciona Hobsbawm es la Ley de Juan Bautista Say, enunciada en 1803. Afirma que toda oferta crea su propia demanda, por lo cual el capitalismo siempre estará en equilibrio.

²⁹ Joseph Stiglitz, en el prólogo al libro *La gran transformación*.

consecuencias desestabilizadoras. El segundo movimiento es la respuesta automática de la sociedad para protegerse de esta influencia del mercado.

No solo eso. El segundo movimiento que toma la sociedad, además de ser para protegerse, también es para reconstruir las antiguas relaciones sociales, es decir, volver a incrustar a los mercados en la sociedad, lo que puede tener características distintas y hasta opuestas: puede ser conservador, fascista, comunista o progresista (el Estado de bienestar en EE.UU. en los años 30)³⁰.

Para Polanyi, esta gran transformación provocó la gran crisis del siglo XX ya que por primera vez en la historia de las sociedades humanas se mercantilizaron los fundamentos de todos los sistemas económicos anteriores: el trabajo, la tierra y el dinero, sometidas a las leyes de oferta y demanda en el mercado.

Este «doble movimiento» planteado por Polanyi tiene una consecuencia directa de la más alta importancia: el supuesto «mercado autorregulado» no trae consigo el bienestar general. Por el contrario, desestabiliza la sociedad, con lo cual no tendrían validez las tesis de Adam Smith, ni tampoco aquellas de la economía neoclásica de fines del siglo XIX, que plantean el equilibrio general de la economía capitalista.

El corolario de esta propuesta es que las tesis del liberalismo económico del «mercado autorregulado» están vaciadas de contenido, pues fracasaron en regular a la sociedad en su conjunto.

³⁰ «Las políticas que se ponen en marcha para protegerse contra los mercados salvajes pueden ser reaccionarias y conservadoras, así como progresistas y democráticas. Mientras que el New Deal de EE.UU. fue el ejemplo de Polanyi de un contramovimiento democrático, el fascismo fue la instancia clásica de un contramovimiento reaccionario; proporcionó protección a algunos mientras destruía por completo las instituciones democráticas». Farrell, Henry. «The free market is an impossible utopia». *washingtonpost.com*, Washington D.C., 18 de julio del 2014. En: wapo.st/2Ex6l49

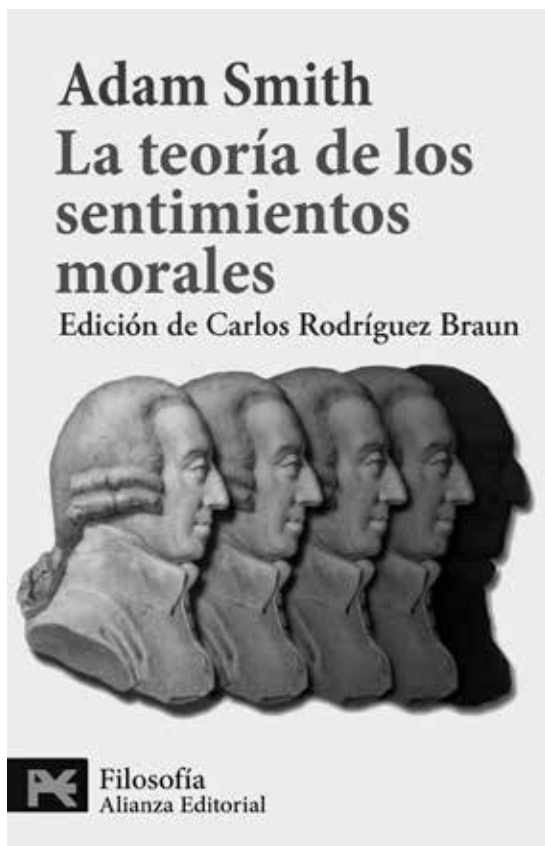
Conclusiones

En este artículo nos hemos limitado al análisis de la génesis de la formación de los mercados incidiendo casi exclusivamente en sus implicancias económicas. No nos hemos detenido en el análisis del rol del Estado, la democracia y la interpretación de los conceptos de competencia, igualdad y libertad, parte integral de las ciencias sociales, de las cuales la economía forma parte.

Hemos analizado las tesis más importantes de Adam Smith sobre la formación de los mercados y las críticas de Karl Polanyi, 160 años después. Hemos visto que mucho de lo que se le atribuye a Adam Smith son mitos, como por ejemplo que el orden natural implica que las leyes de la naturaleza se aplican también a la sociedad (naturalismo social), que el «mercado autorregulado» es un fin en sí mismo y no un medio para alcanzar el bienestar general. Y, también, el mito que dice que Adam Smith quería un Estado mínimo.

Adam Smith es el padre de la economía porque es el primero que integra en un solo cuerpo orgánico todos los temas de la economía. El fondo de la crítica a Smith tiene un elemento central: su planteamiento de que la propensión al trueque sea parte del orden natural, lo que luego llevó a la división del trabajo y de allí a que la sociedad dependía de la existencia de los mercados. Más adelante surgió el planteamiento del hombre racional que busca ante todo su bienestar económico (el *homo economicus*), lo que nos acompaña hasta hoy.

El análisis de Polanyi tiene como eje central la crítica de los elementos ya señalados de la economía capitalista. Lo fundamental es que considera que no existe el naturalismo social (que las leyes de la naturaleza se aplican a la sociedad) y que es una utopía plantear la existencia de los mercados autorregulados porque hay tres elementos que no se pueden regular (el trabajo, la tierra y los recursos naturales, y el dinero).



Polanyi nos dice que los mercados siempre han estado incrustados (insertados) en el Estado social y sus leyes, y que las tesis del liberalismo económico que pretenden su plena autonomía destruyen físicamente al hombre y transforman su ambiente natural en un desierto. Al penetrar con tanta fuerza negativa en las relaciones sociales, el mercado desincrustado provoca un movimiento de rechazo en la sociedad que puede llevar al fascismo, al comunismo o al Estado de bienestar. Son tesis provocadoras, ciertamente, con las cuales se puede discrepar, pero no ignorar.



Como ya hemos dicho, Polanyi escribió *La gran transformación* en 1944. Su planteamiento del «doble movimiento» no solo se habría confirmado, sino que había ido más lejos. La apreciación de Polanyi en su balance fue el siguiente: el fracaso del liberalismo económico clásico lo había sepultado para siempre.

La civilización del siglo XIX no se destruyó por el ataque externo o interno de los bárbaros; su vitalidad no se consumió por las devastaciones de la Primera Guerra Mundial ni por las revueltas del proletariado socialista o de la clase media baja fascista. Su fracaso no constituyó el resultado de algunas de las leyes esgrimidas por la economía, como la de la caída de la tasa de ganancia, la del subconsumo o la de la sobreproducción. Se desintegró como

resultado de un conjunto de causas completamente diferentes: las providencias adoptadas por la sociedad para no ser aniquilada por la acción del mercado autorregulado. Más allá de circunstancias excepcionales, como las que existieron en Norteamérica en la época de la frontera abierta, el conflicto entre el mercado y los requerimientos elementales de una vida social organizada proporcionó al siglo su dinámica y produjo las típicas presiones y tensiones que, finalmente, destruyeron esa sociedad. Las guerras externas solo aceleraron su destrucción³¹.

Pero no sucedió así. Los duros golpes que recibió hicieron que el liberalismo ocupara un lugar secundario durante los años de las economías mixtas del Estado de bienestar (desde los años 30 hasta fines de la década del 70 del siglo pasado). Sin embargo, 35 años después de que se le había considerado muerto y sepultado, las tesis liberales volvieron a tomar preeminencia bajo los gobiernos de Margaret Thatcher (1979) y Ronald Reagan (1980). A principios de la década del 90 llegaron a América Latina con este nombre: Consenso de Washington. Es el llamado «neoliberalismo»³², que puede considerarse como una segunda etapa del liberalismo de los «mercados autorregulados» (la primera etapa es la que hemos analizado aquí), pero que contiene elementos significativos que lo distinguen de su versión decimonónica.

Ciertamente, las teorías e ideologías son construcciones sociales e históricas que buscan influenciar, representar la voluntad de las sociedades en cada momento histórico. No deben ser minimizadas

³¹ Polanyi, Karl. *La gran transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2017, p. 305.

³² «Polanyi propone en 1944 un análisis magistral de la manera en que la ideología del mercado autorregulado del siglo XIX condujo según él a la destrucción de las sociedades europeas desde 1914 y, finalmente, a la muerte del liberalismo económico. Sabemos ahora que esta muerte fue solo temporal. Desde 1938, economistas e intelectuales liberales se reunieron en París para analizar la situación. Conscientes que la doctrina liberal había perdido la partida, inquietos por el choque anunciado de los totalitarismos, tuvieron como objetivo reflexionar sobre las condiciones de un posible renacimiento de lo que propusieron entonces llamar ‘neoliberalismo’». En: Piketty, Thomas. *Capital et Idéologie*. París: Seuil, 2019, p. 548.

ni menos desechadas porque la esfera ideológica, si bien tiene una cierta autonomía, de hecho tiene influencia política e influye en la vida real. Por eso es importante su estudio.

Es en este contexto que las tesis de Polanyi han recobrado actualidad, pues permiten analizar el neoliberalismo que, al igual que el liberalismo del siglo XIX, se ha desincrustado de la sociedad. Es por ello que las principales coordenadas de su análisis sobre el liberalismo siguen teniendo vigencia, más aún después de la Gran Recesión del 2008-2009, los exacerbados nacionalismos, el avance de los gobiernos «populistas» de derecha –en EEUU, Reino Unido y Hungría–, los movimientos nacionalistas en Francia, España, Italia y Holanda, el retroceso del libre comercio y del proceso de globalización, así como los enormes daños que produce el cambio climático, a todo lo cual se ha sumado la pandemia de la COVID-19.